

de Víctor Infantes

da por Carlos Dorado Fernández [1995, fol., 185 pp., il.] o *Fachada de la segunda Casa Consistorial. Copias de sus frescos realizadas por Manuel Fernández Sanabuja en el año 1880* [2002, fol., 42 pp.+16 hs. de láms., il.]; pero quiero destacar, como buque insignia de su quehacer editorial, la preciosa *serie* dedicada a conmemorar los textos poéticos de los poetas del “Grupo del 27”, la lista merece de largo la pena. Se inauguró en 1995 con *El romancero de la novia* de Gerardo Diego y, puntualmente, año tras año ha ido publicando los *Poemas puros. Poemillas de la ciudad* de Dámaso Alonso, el *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías* de Federico García Lorca, *Mundo a solas* de Vicente Aleixandre, *El misterio del agua* de Emilio Prados, *Todo más claro* de Pedro Salinas, *Los placeres prohibidos* de Luis Cernuda, *Fin de un amor* de Manuel Altolaguirre y el *Cancionero y romancero de ausencias* de Miguel Hernández; falta la *primaveral* sorpresa de este año de 2005 que no revelo a los lectores, porque se la encontrarán dentro de nada en las librerías y hacia ella deben dirigir sus pasos si quieren tenerla en sus manos. Conjunto literario de la mejor poesía española del siglo XX, primorosamente encarcelado en el saber tipográfico de la Imprenta Artesanal y envuelto en unas encuadernaciones de tela estuchadas que se reconocen al pronto entre muchos congéneres editoriales.

Implicándose en el Centenario de la obra cervantina desde la raíz más profunda de su propia constitución como libro y organizando esa exposición que antes mencionábamos, hace pocos meses en la sede de la Imprenta Artesanal —y *Noticias* que estuvo allí dio cumplida cuenta *bibliográfica* en su número anterior, unos privilegiados (y también, por ello, fanáticos incorregibles de la imprenta de antes)— pudimos asistir al momento histórico del montaje, pieza a pieza desde el embalaje, de una prensa de imprimir de los Siglos de Oro, construida a lo largo de varios años, bajo la supervisión de José Bonifacio Martín y un equipo de ebanistas y carpinteros dirigido por Bernardo López. En el postrer (y emotivo) instante de colocar el último accesorio, todas las incontables horas de documentación, viajes, pruebas, tentativas



Foto: Pablo T. Guerrero

y fracasos encajaron al milímetro exacto para revelar ese prodigio insustituible del pliego de papel herido por la prensa donde habitará para siempre el texto impreso. Puesta en funcionamiento en el Museo de San Isidro de Madrid, allí queda, señera, imprimiendo en este año el primer pliego de *El Quijote* para todos los que se acerquen a admirar su estática y mecánica belleza.

Por si los libros hechos a mano no fuera poco, dos sorpresas todavía aguardan a quienes visiten la Imprenta Artesanal, un Taller de Restauración documental, al cuidado de Rosa Alcázar y Alicia Díaz, y un Taller de Encuadernación, que es una de las joyas de la corona. En él, aparte de encuadernar primorosamente todas las necesidades de los diferentes organismos del Ayuntamiento que necesitan una conservación específica: Hemeroteca Municipal, Archivo de la Villa, Biblioteca Histórica, etc., mora para siempre la colección de hierros de Antolín Palomino, una de las figuras más relevantes del Arte de la Encuadernación de la segunda mitad del siglo pasado, que reunió a lo largo de toda su vida un espléndido muestrario y que terminó, por donación de su propietario, formando parte del patrimonio de todos los madrileños. Colección delicadamente conservada, como corresponde a una de las mejores del mundo, pero con vida propia, pues todavía cumplen su función, usándose en determinadas ocasiones para encuadernaciones especiales, donde sigue latiendo el espíritu del recordado Maestro.

Muchas sorpresas depara esa obligada visita a la Imprenta Artesanal, como un deber de cultura que tienen que cumplir todos los amantes de los libros, peregrinando hacia sus instalaciones para reencontrarse con el testimonio, todavía latente, de una parte de la historia que nos legó el Arte de Imprimir libros.